FIN DEL "HOMO SOVIETICUS"

DE SVETLANA ALEXIEVICH[1]

MIGUEL CHAVARRÍA[2]

[1] Alexievich, Svetlana (2017). *Fin del "Homo Sovieticus"*. Barcelona: Acantilado. Traducción al español de Jorge Ferrer Díaz, 643 páginas. La edición original se publicó en ruso y alemán en 2013.

[2] Pontificia Universidad Católica del Ecuador. michavarria@puce.edu.ec

Salida de campo en la materia de Ecología, observación de ecosistemas ríos, Río Chaco, 2013

FIN DEL "HOMO SOVIETICUS" DE SVETLANA ALEXIEVICH

MIGUEL CHAVARRÍA

A través de múltiples viajes durante 21 años por toda la antigua Unión Soviética y de la recolección de más de trescientos testimonios, la autora "intenta escuchar honestamente a todos los actores del drama del socialismo… recoger las briznas, las migas de la historia del socialismo", pero aquel socialismo que ha sido vivido, interiorizado subjetivamente por esos actores. Este procedimiento intelectual evoca uno de los grandes principios de la fenomenología contemporánea: el mundo de la vida, lo vivido como momento único que escapa a los principios de cualquier doctrina o teoría acerca del socialismo y nos remite a la única posibilidad del ser humano: su pensamiento que existe en todo acto, en cualquier experiencia humana. Por lo tanto, comprendemos de un modo inmediato que la autora se sitúe fuera de toda teoría o doctrina para discernir acerca de los principios del socialismo, comprendemos también que ella no confunda el pensamiento humano con los principios de cualquier teoría o doctrina. Nos revela así finalmente su temperamento intelectual escrupuloso y anti-dogmático.

¿Quién es el "homo sovieticus"? Ese vocablo forjado en los años 1960 en la Unión Soviética resumía algunas características del socialismo vivido por sus habitantes, entre ellas la principal: la desmesura de un régimen político por intentar modificar la naturaleza humana, al hombre "antiguo", al "viejo Adán" —expresión utilizada por la autora— y pregonar, acto seguido, el nacimiento del "hombre nuevo", la "nueva Humanidad". Y concedamos sin reticencias de nuestra parte que lo logró. El *homo sovieticus* es ella, son sus padres, sus conocidos, a él pertenecen no únicamente los rusos sino también los bielorrusos, los turkmenos, los ucranianos y los kazajos. Todos, todos aquellos que durante 72 años vivieron bajo la fe en el comunismo y sus ideales, y la autora fiel a su principio de indagación con sus interlocutores no pregunta sobre qué es el socialismo sino

a ese "homo sovieticus" lo inquiere acerca del amor, los celos, la infancia, la vejez, los peinados, los bailes, una infinidad de detalles de vidas ya desaparecidas, acerca de las emociones, puesto que ellas siempre quedan marginadas y son las que mejor aportan para comprender esa vida. La historia pretende ocuparse de hechos, pero Alexievich mira el mundo con ojos de escritora y en ese torrente de imágenes los contornos del *homo sovieticus* se aprecian de mejor modo: fue y es el hombre que vivió bajo la ilusión de una grandeza de la civilización soviética que supo escamotear al mismo tiempo su violencia inaudita: millones de deportados, los gulags, la emigración, el paredón, hambrunas minuciosamente planificadas, todo ello en nombre del "hombre nuevo". Imposible lograr resumir detalles infinitos que muestran la oscuridad de un régimen político detrás de las luces de la prédica de la gran revolución como momento transfigurador.

La fe en el comunismo fue el elemento natural en el cual respiraron millones de seres humanos como si fuese su propia atmósfera, un elemento natural combinado con otro elemento político de larga tradición ya conocido en Occidente: el cultivo del terror, del miedo… y el consiguiente silencio que se logra obtener gracias a él. El silencio de los alumnos, por ejemplo, acerca de los profesores arrestados en vacaciones, y el silencio y el miedo que ellos tuvieron que soportar en el momento de ir a la guerra en Afganistán o en Chechenia. Para la autora, estos dos elementos no han permitido un aprendizaje de la libertad, y puede escribir de modo taxativo que la civilización soviética no fue un pueblo que haya podido vivir la libertad. ¿Pero la libertad es la libertad de Occidente, la libertad de consumo, la denominada libertad de mercado? Ninguna ilusión acerca de ella logra confundir a nuestra autora. Únicamente se limita a registrar que la historia del socialismo ha sido la de aquellos que apenas han podido sobrevivir y no han conocido la experiencia de la libertad. Por lo tanto, el pueblo soviético nunca ha conocido en su historia más que las sombras vividas bajo la figura del protector o del "Egócrata" (utilizo a propósito el término forjado por Alexander Solshenitzin, en su obra *El archipiélago Gulag* para designar a Stalin como la formación de un poder exorbitante encarnado en un solo individuo, y por su intermedio la representación de un Estado todopoderoso que absorbe en él a la sociedad civil).

De los innumerables relatos que la autora despliega en su texto hay unos cuantos donde la sola mención de sus títulos, nos alertan acerca de aquella violencia del Estado que se envuelve y se volatiliza en el velo ideológico de su discurso: de cómo hermanos y hermanas se

transforman en verdugos y víctimas, de cómo se puede hallar dulzura en el sufrimiento humano o una sonrisa en el hacha que asesina. Hay tanta belleza en las dictaduras, en "sus dictaduras", que puede ser equivalente al vuelo de una mariposa que queda atrapada en un bloque de cemento que se reseca lentamente bajo el sol canicular de una tarde, o acerca del deseo de matar a todos y del horror que produce después de haberlo sentido. Estas antinomias del deseo humano —si se nos permite una ligera modificación del principio kantiano—no expresan sino la polarización que un pueblo como el soviético vivió la violencia del Estado, en su presencia fantasmagórica, y su envoltura en ropajes ideológicos discursivos. Al parecer en esta forma de experiencia de dominación política total del ser humano por el ser humano no hay resquicio alguno para la idea misma de la resistencia; sin embargo, ese pueblo muestra la fortaleza interna que es su única baza, en el rumor de la calle y en las conversaciones de cocina… porque todo pasa por ese espacio del hogar, aparentemente anodino.

La cita que la autora realiza de una obra de David Rousset —el escritor del universo concentracionario y deportado además al campo de concentración de Buchenwald durante la Segunda Guerra Mundial— nos pone en tanto que lectores en una situación de perplejidad y estupefacción al enunciar el lazo que une a la víctima y al verdugo, al *homo sovieticus* y al Estado: su propia abyección, su propio envilecimiento. ¿Cómo es posible que la abyección humana pueda constituir un lazo de hermandad entre ellos?

Después de que aparentemente el comunismo había perdido la batalla en 1991 y por intermedio un tiempo de más de 30 años que se han extendido, hoy existe una fuerte nostalgia de la Unión Soviética, el pueblo donde Stalin asesinó a tantas personas como Hitler; observar de nuevo la emergencia de su culto y "lo soviético" se ha convertido en un objeto turístico, incluso los campos de trabajo forzado y hasta el vodka. ¿Presagia la autora de este modo la abyección humana que hermana a la víctima y a su verdugo?

El lugar que ocupaba el marxismo-leninismo ha desaparecido y lo ocupa ahora la Iglesia ortodoxa rusa, el presidente goza de un poder absoluto y sobrehumano comparable únicamente con el de los secretarios generales del Partido Comunista en tiempos soviéticos.

¿Es el fin del *homo sovieticus*? La autora de este hermoso relato de múltiples e infinitos elementos antes de esta guerra de Ucrania parece creerlo, pero únicamente el acontecimiento de la guerra y de estas pasiones políticas desencadenadas pueden responder por la negativa. Un tuit escrito por Alexievich

bajo pedido expreso de la editorial española Acantilado acerca de la guerra confirma esa negativa: "No es posible reducirlo todo a Putin, también está la gente. Cualquiera que haya estado aislado del mundo tanto tiempo como lo estuvimos los europeos del Este durante la Guerra Fría ignora lo que significa ser libre. ¿Qué queda después de una dictadura? No solo vías muertas y una economía quebrada, sino también el ser humano hechizado" (Svetlana Alexievich, primavera del 2022. El subrayado es mío).

El *homo sovieticus* permanece como el ser humano hechizado por años de dictadura, el hechizo que une a una víctima y a su verdugo.